

UNA MADRE COMO NINGUNA Génesis 27:1-13

Quien no conoce la vida de Rebeca, madre de los gemelos Esaú y Jacob, se puede llevar una muy mala impresión de ella como madre. Se le puede acusar de engañadora, de manipuladora, de tener preferencias por un hijo y despreciar al otro, etc. Pero quien piense así es porque no se ha tomado la molestia de leer la vida de Rebeca en la Santa Palabra de Dios. Rebeca es todo lo contrario de lo que sus juzgadores dicen de ella.

La historia de Rebeca, hija de Betuel, hermano de Abraham, comienza cuando ella acudía a buscar agua a una fuente cercana a la ciudad de Nacor (Harán) en Mesopotamia. Abraham, que ya era avanzado de años, había enviado a su siervo en busca de una esposa para su hijo Isaac. Abraham no quería que su hijo se casara con una cananea, es decir, una mujer pagana idólatra. Abraham quería para su hijo una mujer buena y temerosa de Jehová. Cuando el siervo llegó a su destino vio a Rebeca que venía con un cántaro para recoger agua; el siervo pidió a Rebeca que le permitiera beber de su vasija. La joven le dio agua, dándole de beber además sus camellos. El siervo se dio cuenta así de que Dios le daba la señal que él mismo le había pedido para no fallar al encontrarla (*Gn. 24:14*). Aquella joven era en verdad bella y generosa.

De inmediato le hizo magníficos presentes, preguntándole su nombre, y si su padre lo podría recibirlo. Labán, hermano de Rebeca, ofreció hospitalidad al siervo de Abraham, que expuso a Betuel el objeto de su viaje a Mesopotamia. A continuación pidió la mano de Rebeca para Isaac; Betuel y Labán aceptaron. Rebeca, acompañada de su nodriza, partió con el siervo y sus acompañantes; así se convirtió en la mujer de Isaac, y dio a luz a los gemelos Esaú y Jacob (*Gn. 24:1-27*). Aunque eran gemelos, Esaú había nacido primero y por lo tanto era el primogénito. Esto parecería no significar nada para nosotros, pero en aquellos tiempos sí importaba mucho; hacía una gran diferencia. El primogénito heredaba la jerarquía o importancia que el padre tenía, heredaba la dignidad del padre, heredaba una porción doble de los bienes paternos y venía a ser el jefe de la familia o tribu. El padre, antes de morir, daba la bendición a su hijo primogénito, y de esta manera se hacía oficial su herencia y todos los privilegios que empezaría a gozar.

Algunos comentaristas piensan, y a muchos pastores he oído predicar, que Rebeca cometió el error de preferir Jacob a Esaú, y que por eso no dejó que Dios moviera el curso de la historia, empujando a Jacob a obtener la bendición de su padre a costa de engaños obteniendo así la primogenitura. Pero un estudio a fondo de la Escritura nos muestra que no fue totalmente cierto. Es verdad que la Biblia dice: *“Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza; mas Rebeca amaba a Jacob”* (Gn. 25:28). Pero esto no significa que Isaac no amaba a Jacob, ni que rebeca no amaba a Esaú; ni significa necesariamente que amaban más a uno que a otro. En una familia un padre o una madre se pueden identificar más con un hijo que con el otro, pero no significa que lo ame más que al otro. Se identifica más porque heredó su carácter, o porque sus cualidades lo hacen ser más confiable que otro hijo para resolver ciertos problemas, o porque tiene la madurez necesaria como para intervenir en ciertas situaciones, etc. Es verdad que fue ella quien le dijo a Jacob que se pusiera en el lugar de Esaú, es verdad que fue ella quien le dijo a Jacob cómo podría engañar a su viejo padre, ella fue quien lo planeó todo pero, ¿lo hizo por tener favoritismos con Jacob?, ¿es que acaso amaba más a Jacob que a Esaú? Si conocemos la historia, podremos obtener la respuesta.

Rebeca era estéril cuando se casó con Isaac, e Isaac oró a Dios por su esposa; Jehová respondió a la oración de su siervo Isaac y Rebeca concibió, no uno, sino dos niños al mismo tiempo (Gn. 25:21), por lo cual, el nacimiento de los gemelos, fue un milagro de Dios.

Cuando estaba embarazada Rebeca, sintió que los bebés tenían una lucha el uno con el otro dentro de su vientre. Ella fue delante de Dios en oración porque esto le provocaba un dolor tan grande que prefería morir (Gn. 25:22) y Dios le respondió así: *“Dos naciones hay en tu seno, Y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas; El un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, Y el mayor servirá al menor”* (Gn. 25:23). Note, el mayor servirá al menor, es decir, el pueblo menor será más fuerte que el pueblo mayor. De Jacob nace la nación de Israel, de hecho, Dios le cambió el nombre a Jacob por el de Israel.

Esta Palabra de Dios es algo que Rebeca jamás olvidaría; las mamás no olvidan ningún detalle de la vida de sus hijos. A María, la madre del Señor, le pasó algo similar en cuanto a no olvidar ningún detalle que tenga que ver con su hijo ni con el futuro de su hijo. Cuando los pastores fueron a visitar al recién nacido Jesús y les contaron a José y a María y a

todos los que estaban con ellos en el pesebre acerca del aviso de los ángeles y lo que de Él dijeron, que era el Cristo, el Salvador, Lucas dice de María: *“Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”* (Lc. 2:18-19); de igual manera, cuando el niño Jesús se les perdió a sus padres y lo encontraron en el Templo hablando con los doctores de la Ley, quienes estaban maravillados de su inteligencia, Lucas escribe: *“Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón”* (Lc. 2:51). María siempre estuvo consciente de quién era su hijo y lo mismo pasa con Rebeca; ella siempre estuvo consciente de la profecía que Dios le dio.

Por otra parte, como leímos hoy, Isaac ya estaba viejo y sentía que su muerte estaba cercana y quería bendecir a su hijo primogénito Esaú antes de morir. Por eso Rebeca se movió rápidamente para que Jacob tomara su lugar y fuera bendecido por su padre, porque Dios había dicho que el mayor serviría al menor. Aunque la historia nos dice que esa muerte de Abraham en realidad no estaba para nada cercana, porque después de que Isaac bendijo a Jacob, todavía sucedió que se distanciaron los hermanos por este hecho a tal grado de que Esaú quería matar a Jacob; Esaú se fue de con ellos y se estableció en Ismael en donde, no haciendo caso del consejo de su padre, se casó con mujeres cananeas; después de eso se reconciliaron los hermanos; Jacob todavía tendría a sus doce hijos y después de todo eso murió Isaac a la edad de 180 años (se había casado a la edad de 40 años [Gn. 25:20] y tenía 60 años cuando nacieron los gemelos [Gn. 25:26]; es decir, pasaron muchos años más).

Así que, aunque todavía pasaron muchos años para que Isaac muriera, recordemos que Rebeca escuchó de los propios labios de Isaac acerca de su muerte y se preparó rápidamente con su hijo Jacob. En el pensamiento de Rebeca, por las palabras del propio Isaac, él ya estaba a punto de morir y la palabra profética que Dios le dio no sería cumplida. Rebeca tenía que hacer que esa Palabra se cumpliera.

Rebeca murió, no se sabe cuándo ni cómo, pero probablemente haya sido durante la estancia de Jacob en Mesopotamia, y fue sepultada en la cueva de Macpela, en el mismo lugar en donde enterraron a Abraham y Sara, sus suegros, y en donde enterraron a Isaac, su esposo y a Jacob y a Lea, su hijo y su nuera (Gn. 49:30-31).

Estoy convencido que no se trataba de favoritismos en el caso de Rebeca con sus hijos Esaú y Jacob. Era perfectamente natural que el padre se identificara más con Esaú porque tenía tal vez las mismas características del padre, porque el padre le enseñaba para que pudiera ser un buen primogénito y continuara con el papel de ser el guarda de la familia. Y era natural que Rebeca se identificara más con Jacob porque era un muchacho más hogareño a quien por lo visto le gustaba la cocina. No me parece que en los primeros cinco Libros de la Biblia se tuviera el concepto de amor que manejamos nosotros hoy en día. A veces uno tiene más cuidado de un hijo que de otro, pero no significa que descuide al otro.

En la Biblia no se nos habla en ninguna parte de que haya habido algún reproche de parte de Dios por lo que hizo Rebeca, ni se hace algún comentario de reproche por parte de algún escritor Bíblico. De hecho, Rebeca fue enterrada en un lugar de honor, al lado de sus suegros Abraham y Sara. No parece que Rebeca haya vuelto a ver a Jacob por lo cual no tendría ella ningún interés personal de buscar un beneficio propio al hacer lo que hizo. Rebeca solo buscaba que la Palabra de Dios se cumpliera en su hijo Jacob.

Así que en lugar de ser un mal ejemplo de madre, Rebeca nos enseña la firmeza que debe de tener una madre para que el propósito de Dios se cumpla en sus hijos. Rebeca hizo todo lo que estuvo en su poder para que el propósito de Dios se cumpliera en su hijo Jacob. Rebeca abrazó a su hijo más débil o con menos cualidades desde el punto de vista del padre.

Cuando vemos que pasaron muchos años entre que escuchó a Isaac decir que estaba por morir y cuando realmente murió, podemos estar de acuerdo en que tal vez forzó el plan de Dios. Pero era una mujer valiente y decidida, no actuó por sí sola sino que actuó cuando pensó, porque así lo escuchó, que Isaac moriría y que entonces la palabra profética de Dios no se cumpliría.

¿Qué para Dios no hay imposibles y Él pudo haber cambiado el curso de la historia de diferente manera? Sí, es muy cierto. Ya hemos visto muchas veces que cuando queremos “echarle una manita” a Dios para que se cumpla su propósito, terminamos por echarlo todo a perder. Pero recordemos que estamos en el Libro del Génesis; los habitantes de la

tierra apenas están aprendiendo a conocer a Dios, al Dios verdadero y Todopoderoso. Así que Rebeca actuó de una forma desesperada si se quiere; todavía estaba conociendo a Dios. Hoy en día tenemos la revelación escrita de Dios en su Santa Palabra como un manual de vida y conducta, como una guía para conducir a los hijos hacia Dios; pero en aquellos tiempos no existía la Biblia.

Así que, concedamos que sí forzó las cosas, concedamos que su defecto fue el querer hacer que las promesas de Dios se cumplieran a través de sus fuerzas pero, ¿qué madre no haría lo que fuera por sus hijos, sobre todo cuando se trata de que el propósito de Dios se cumpla en su hijo? Rebeca era una mujer hermosa, buena y generosa, pero sobre todo era una mujer decidida y de fe; siempre lo fue. ¿Y cómo lo sabemos? Recordemos que ella aceptó sin discutir el casarse con Isaac a quien no conocía cuando supo que era la voluntad de Dios (*Gn. 24*) y estuvo dispuesta a correr el riesgo al hacer lo que hizo con Jacob y Esaú; ella le dijo a Jacob: “...hijo mío, sea sobre mí tu maldición; solamente obedece a mi voz... (*Gn. 27:13*). También recordemos que, además de la palabra profética que Dios le había dado, fue el mismo Esaú quien tuvo la iniciativa de venderle su primogenitura a Jacob a cambio de un plato de lentejas, menospreciando así su primogenitura (*Gn. 25:27-34*). Así que, en su pensamiento, ella solo estaba haciendo que se dieran las cosas como Dios lo había planeado y como el mismo Esaú había decidido.

Las madres hacen lo que sea para que las cosas se den en sus hijos. No son perfectas y seguramente se equivocan mucho como Rebeca; pero su amor y su fe les da la firmeza y la seguridad para hacer las cosas mejores para sus hijos. No hay nada que una madre no haga por sus hijos; son dedicadas, entregadas, hacen muchos sacrificios, se privan de muchas cosas para darles a sus hijos, viven *por* y *para* sus hijos. No parecen de este mundo. Como alguien dijo: “*mi madre es una extraterrestre*”, son súper héroes que no conocen la palabra *miedo*. Tienen fuerzas increíbles para aguantar la jornada de un día todos los días. Y aunque los hijos se casen, no dejan de ser madres y seguirán velando por sus hijos siempre, porque ser madre va mucho más allá de ellas mismas; son mujeres que lo arriesgan todo aún su propia vida con tal de hacer de sus hijos hombres y mujeres de bien.

Estoy convencido de que ser madre, más que un título, es una vocación. Las madres son mujeres de acción, se convierten en las

psicólogas y terapeutas de sus hijos, son enfermeras, administradoras, profesoras, científicas, relojes despertadores, animadoras o porristas, lavanderas, videntes, choferes, cajeros automáticos, árbitros de peleas, paños de lágrimas, policías, estilistas, guardaespaldas, secretarias, chef de cocina, mucamas, gps (encuentran todo) o gras, cuentacuentos, malabaristas, masajistas, maquillistas, dermatólogas, decoradoras, modistas, apagafuegos, reparadoras de juguetes, mejores amigas y cómplices, y están de guardia las 24 horas del día los 365 días del año. Esto sin contar que además trabajan, ya sea en una empresa o negocio, o en los quehaceres de la casa, o en las dos cosas, atienden al marido, etc., etc., etc.

Pero sobre todas las cosas, son mujeres de fe, mujeres que hacen la voluntad de Dios y que guían a sus hijos para que el propósito de Dios se cumpla en ellos; son mujeres que enseñan a sus hijos a amar, alabar y servir a Dios. Por eso merecen nuestro agradecimiento y nuestra alabanza todos los días de nuestra vida; por eso merecen ser amadas sin condiciones y merecen que velemos por ellas cuando nos valemos por nosotros mismos; por eso merecen nuestro mejor trato, nuestro respeto y todo nuestro amor sin condiciones y sin medida; sobre todo mucha paciencia, cariño y cuidados cuando ya son ancianitas. Dios bendiga abundantemente a todas las súper mamás hoy en su día y todos los días. Feliz Día de las Madres. Amén... Vamos a orar...